

## **SAN HERMENEGILDO Y RECAREDO**

*Por Antonio Diego Duarte Sánchez.*

Estoy seguro, queridos mac-cluberos, que siempre os ha intrigado la figura de San Hermenegildo. Príncipe godo que acabó como solían acabar los príncipes visigodos de buena familia: con su cabeza rodando por el suelo, ojos y lengua de través (Javier Krahe dixit).

Nuestro buen Hermenegildo Leovigildez era hijo de Leovigildo, como su propio apellido indica, y hermano de Recaredo, no menos Leovigildez que él. Todo parecía ir viento en popa: Leo había controlado por las buenas o por las malas (más bien por las malas) a cántabros y suevos, los bizantinos no las tenían todas consigo y los francos le habían endosado una esposa, Gosvinda, que era, sin embargo, pérfida y católica, como sólo una franca podía ser.

El caso es que a nuestro Hermenegildo le fue encargado el gobierno de Sevilla tras ser asociado al trono. Allí se convirtió al catolicismo por mediación de San Leandro, hermano de Santa Florentina, San Fulgencio y el sin par San Isidoro. Su esposa Ingunda era ya católica así que la familia podía vivir teologalmente pura, como debía ser.

Por algún motivo, Hermenegildo se alió con la nobleza hispano-romana, los bizantinos y los suevos contra su padre, emitió moneda a su nombre y trató de hacer valer su condición católica como acicate para sus tropas. Durante dos años, nada de ello pareció preocupar excesivamente al rey. Finalizada su campaña contra los vascones, llamó a su hijo para tratar de discutir sus diferencias; el niño se negó y la cosa pasó de castaño a oscuro, como se suele decir.

Leovigildo atacó y tomó Mérida. Tomó Sevilla y, poco después, Córdoba. Aquí es donde surge lo extraño. Recaredo hace de intermediario entre su padre y su hermano y convence a nuestro santo para que acuda junto a su progenitor y le pida perdón. Leovigildo mandó encarcelar al niño y durante un año trató de que abjurara de su fe, regresara a la de sus mayores y le diera la opción de perdonarle.

Finalmente, al cabo de un año, harto de la cabezonería del converso decidió cortar por lo sano y el mediterráneo tarraconense fue testigo de la ejecución del rebelde.

Y he aquí la incógnita:

¿Habría aceptado Hermenegildo presentarse ante su padre de saber las condiciones que le exigiría para obtener el perdón?. ¿Por qué se hartó Leovigildo de la actitud de su hijo al cabo de un año y no antes?. ¿Le mató por convertirse al catolicismo y luego recomienda a su hijo Recaredo que se convierta él mismo?.

Mucho se ha escrito desde entonces. Se han analizado los testimonios escritos

que nos han llegado: los de Juan de Biclario, San Isidoro de Sevilla, Gregorio de Tours y Gregorio Magno. Se han formulado hipótesis y teorías pero nadie se ha hecho la pregunta clave: cui prodest?

Mi buen Recaredo bien pudo aprovecharse de la confianza que en él tenía su padre, como hijo amantísimo y arriano intachable; y su hermano, como hermano no menos amantísimo y, es de suponer, compañero de excesos juveniles propios de jóvenes y visigodos de pura raza.

Así que, sin el conocimiento de su padre, es plausible que se presentase ante su hermano: "Herme, chato, déjate ya de tonterías que papá no tiene ya edad para estar corriendo detrás de tí. Vuelves, le pides perdón, le das dos sonoros besos y lloras unas cuantas lágrimas de los tus ojos. Aquí paz y después gloria."

Hermenegildo, que había sido corrido a gorrazos por su enérgico padre, debía ya estar harto de que todo el mundo le abandonara: suevos y bizantinos miraban para otra parte y silbaban apreciando la claridad del cielo hispano. Corrió hacia su padre, sí, sólo para encontrarse entre los seis muros de una celda y una conminación a abandonar su recién abrazada fe católica como prueba, suponemos, de que su arrepentimiento era en serio. En realidad, volver a ser arriano le garantizaba no perder el orden sucesorio. Pero su conversión había sido sincera, al parecer. Leovigildo, extrañamente paciente para ser un visigodo, no perdía la esperanza y persistía por todos los medios en atraerse a su hijo.

Sospecho que Recaredo, aunque comprendiera que su padre se resistiese a la idea de acabar con su propio hijo, no debía ver con buenos ojos el peligro que se cernía sobre él. Una palabra de su hermano bastaría para descubrir su extraña mediación; además, si a su padre le daba por morirse con su hermano aún vivo, cabía la posibilidad de que éste pudiera reagrupar a sus partidarios y manifestar su mejor derecho al trono.

La guerra civil entre godos no constituiría una sorpresa para nadie, claro, pero daría al traste con la obra unificadora de su padre y fuera quien fuese el ganador era evidente que su posición estaría debilitada. ¿Realmente obedeció Sisberto al rey cuando ejecutó al santo?. ¿No sería, más bien, Recaredo quien le hizo el encargo asegurando que era orden del rey?. Buena prueba de ello es que el verdugo tardó poco en morir tras llegar al trono el hermano menor, apenas un año después de la muerte de Hermenegildo.

Con la ejecución de su hermano en Tarragona debió pensar que se había quitado de encima a su competidor natural. Con la muerte del verdugo, desaparecía un testigo incómodo. Sólo le quedaba persuadir al par de cronistas en activo de lo conveniente que sería, para su vida y privilegios, adoptar en sus relatos una postura de reprobación hacia su hermano en lo político y comprensión, pero sin pasarse, en lo religioso. Al fin y a la postre, debió pensar Recaredo, Toledo bien valía una misa.